

## LA CLASE MEDICA DEL BRASIL EN LA OBRA DE SUS MAESTROS, HIGIENISTAS E INVESTIGADORES

POR EL

**Dr. Gregorio N. Martínez**

Discurso leído en el acto académico de homenaje al Brasil realizado por la Universidad el 28 de Mayo de 1935.

Señores:

Hallábame, señores, en un pedazo de nuestro suelo que evoca las más vivas tradiciones de patria y libertad, cuando me llegó la apremiante invitación del Rector de esta alma mater, requiriendo mi colaboración para un homenaje a la ciencia médica del Brasil. Y si bien el cometido superábame con exceso, hasta el extremo de parecerme más valiente el rehuirlo, por virtud de la superioridad del objeto perseguido y de la solemnidad del acto destinado a cumplirlo, opté por la cobardía de aceptarlo, pensando que, de esta manera, llenaba dos propósitos, desde largo tiempo atrás acariciados por mi espíritu: rendir un tributo de justicia a los amigos de otras horas y pagar una deuda de gratitud contraída con los amigos de otras tierras.

Así, cúmplame, ante todo, recordar que cupo a Córdoba el honor de tributar el primer homenaje a la clase médica brasileña, en la persona ya gloriosa de sus higienistas, con un decreto que lleva la fecha de 26 de junio de 1916 y cuyo texto considero, hoy más que nunca, oportuno reproducir.

“Siendo necesario, rezaba dicho texto, proceder en breve a  
“organizar los servicios sanitarios de la provincia, de acuerdo con  
“las reglas de administración fijadas en el programa de este go-  
“bierno y en las exigencias impostergables de la salud pública y  
“considerando: que las condiciones higiénicas del territorio de la

“ provincia se encuentran afectadas por el desarrollo de algunas  
 “ enfermedades infecciosas que han adquirido carácter endémico  
 “ entre nosotros, y a fin de aprovechar el viaje de estudio del doc-  
 “ tro Gregorio N Martínez a los Estados Unidos del Brasil y  
 “ teniendo en cuenta, por otra parte, el alto grado de adelanto al-  
 “ canzado por la organización sanitaria de aquella república, ade-  
 “ lanto patentizado con la excelencia de sus instituciones y con los  
 “ éxitos de sus numerosas campañas profilácticas, dirigidas por sus  
 “ más conspicuos higienistas, el Gobernador de la Provincia, de-  
 “ creta: Art. 1°. Comisionase ad-honorem al doctor Gregorio N  
 “ Martínez para que estudie en Río Janeiro la organización de las  
 “ instituciones sanitarias del Brasil, en lo que se refiere a la pro-  
 “ filaxis de las enfermedades infecciosas que puedan guardar re-  
 “ lación con algunas de nuestras endemias regionales”.

“ Art 2°. El resultado de las referidas observaciones deberá  
 “ ser oportunamente elevado al Gobierno de la Provincia en un in-  
 “ forme circunstanciado para los efectos a que hubiere lugar”.

La iniciativa de ese decreto correspondió a un amigo que desempeñaba, en ese entonces, el cargo de director de la organización higiénica de Córdoba y cuyo prestigio científico se vigoriza, a medida que el tiempo nos aleja del momento en que la muerte lo arrebatara de nuestro medio: el doctor Juan Orrico, y llevaba la firma de un ciudadano, también desaparecido, de noble recordación en esta casa, que dignificó la función pública en la cátedra y en la magistratura, con inteligencia, con desinterés y con patriotismo: el doctor Eufrasio Loza.

Y si hago mención a ese decreto y, por única vez, incluyo mi nombre en la solemne consagración de este homenaje, es porque, gracias a él, y a las bondades de la organización política que nos confiere nuestro régimen republicano federal, las instituciones públicas de nuestro país cumplieron, quizás por primera vez, un acto de merecido reconocimiento a esa organización superior que, desde el fondo de Guanabara, irradiaba ya, con la gloria de Osvaldo Cruz, su prestigio a través de todo el continente.

Y también porque, ello mediante, le fué permitido a mi modesta persona recibir, por vez primera, la impresión directa de esa gloria y la irradiación focal de ese prestigio.

La acogida que en aquella ocasión me dispensara la clase médica brasileña, con sus valores supremos a la cabeza, aún cuando le agregara el marco de la gratitud, no hubiera podido deformar la nítida visión de aquel momento inolvidable, cuando contemplé el funcionamiento de ese recio organismo, montado por el genio de Osvaldo Cruz, y desenvolviendo su acción, lenta, pero eficaz y tesoneramente, en el estudio y la profilaxis de las dolencias que, durante muchas décadas, habían empañado el sol luminoso del Brasil y sembrado de fúnebres crespones el sonriente verdor de sus campiñas.

Y entro aquí en la apreciación de esos hechos, que bien pueden servirnos de modelo y de enseñanza, en la disposición futura de nuestros códigos sanitarios, y en la aplicación permanente de las medidas higiénicas, prontas siempre a golpear a la conciencia médica con el realismo inveterado de la frase: “es más fácil prevenir un millón de enfermedades que curar una sola...”.

## I

El Brasil, tierra bendita de promisión que se extiende desde el hemisferio norte hasta la radiante constelación del “cruceiro”, ceñida en toda su extensión por el amplio cinturón de los trópicos, debía encontrar en las mismas condiciones geográficas que la henchían con la exhuberancia de la vida, el estímulo poderoso para hospedar y difundir los gérmenes de la muerte.

Y así, la ciudad magnífica, que en el marco de una naturaleza pródiga y fastuosa, alojara el esplendor de la corte de Braganza, durante buena parte del siglo XVIII contempló la difusión de la viruela; en 1835, vió extenderse la primera epidemia de escarlatina, probablemente transmitida desde los pueblos del Plata, y, en 1849, asistió conmovida al primer brote epidémico de ese flagelo que, por espacio de más de cincuenta años, debía manchar con fúnebres guarismos la demografía fluminense y arrojar como una pesada interdicción de la naturaleza sobre las franquías sociales y económicas del Brasil: la fiebre amarilla!

La fértil y vivaz imaginación de ese pueblo supo poner pronto remedio a los embates desesperados del mal. Así, en 1804, introducía en Río la vacunación antivariólica; en 1811, con la presencia

de la corte de don Juan, fundaba la junta de la "Institución Vacéinica", que debía proveer a la mejor aplicación de la nueva arma profiláctica y, en 1846, inauguraba el primer "Instituto Vaccínico". Ante la invasión de la escarlatina, organizaba la inspección de puertos poniendo esa arma preventiva, hasta entonces, en poder de los municipios, en manos del gobierno central y, en 1850, por ley de la Asamblea General, creaba una comisión de ingenieros encargados de realizar los trabajos tendientes al mejoramiento sanitario de la ciudad y una junta de higiene, a la que incumbía la misión de velar por la conservación de la salud pública.

Pero el mal, hondamente encarnado en las condiciones geográficas de Río y en la deficiencia de los conocimientos existentes acerca de su verdadera etiología, fluctuaba libremente en la inmensidad del territorio, sometido a las leyes de la epidemiología, y concluía por instalarse con los caracteres amenazantes de una endemia mortífera.

Hasta el momento, faltaba esa luz que ilumina la conciencia médica, en la noche del dolor individual o colectivo, para llevarla a oponerle el remedio eficaz o la medida preventiva; y hacía falta, además, el genio que surge, en forma intermitente, del fondo mismo de los más graves conflictos que afligen a la sociedad.

Esa luz, llegó a encenderse con el descubrimiento del agente trasmisor de la fiebre amarilla. Faltaba el genio, que, abarcando el concepto integral del problema, hiciera frente a su solución, con la firme convicción de un vidente, y la completara con la fría tenacidad de un espartano.

Y ese genio, señores, que había aprendido en el Instituto Pasteur, al par de Roux y en la obra colaboracionista de Marchoux y Salimbeni, el espíritu de investigación y, con él, la solución etiológica de los dos flagelos que constituían según sus propias palabras, la "vergüenza nacional", fué Osvaldo Cruz.

Osvaldo Cruz surgió como la figura providencial predestinada a romper el enigma de la esfinge tropical. El gobierno, resuelto a considerar el saneamiento del Brasil como una "cuestión nacional", llámalo a su lado: un paulista ilustre, Rodríguez Alves, preside los destinos del país y Osvaldo, paulista como él, plantea los términos absolutos del problema. A la aproximación de aquellos patriotas esclarecidos, debe el Brasil la tranquilidad social y



El profesor de Clínica Médica en la Facultad de Ciencias Médicas de Córdoba, Dr. Gregorio N. Martínez quien pronunció la conferencia sobre "La clase médica del Brasil en la obra de sus maestros, higienistas e investigadores", en el homenaje realizado el 28 de Mayo de 1935.



económica de que actualmente goza. Pero, dejemos, en este punto la palabra a la autoridad indiscutible de Ruy Barbosa: “Oswaldo Cruz, dice el eminente publicista, tenía el sentido de su vocación, y ésta no le permitió dudar. Aceptó su cometido, y se comprometió, siempre que se le concedieran las medidas necesarias, a extinguir la fiebre amarilla en Río Janeiro, en el plazo de tres años. El de 1903, en que se estipuló ese pacto, debe inscribirse con caracteres inmortales en la historia del Brasil, como uno de los más áureos fastos de esta nacionalidad”.

El problema de la extinción de la fiebre amarilla, a la que no tardó en sumarse su congénere etiológico, el paludismo, y de la peste bubónica, que hizo su primera aparición en Santos, en octubre de 1899, para sentar sus reales en Río Janeiro, en enero de 1900, parecía teóricamente fácil.

Cuando a treinta años de distancia, lo vemos resuelto, contemplando a Río y a Santos, como algunas de las ciudades más hermosas y más salubres del mundo, y sintetizamos el éxito en las dos soluciones higiénicas efectivas: la destrucción del roedor, transmisor de la peste de Oriente, por la “concretización” del subsuelo, y la del mosquito, por la destrucción de sus criaderos naturales, parécenos, señores, que la tarea fuera obvia y simple.

Pero cuando imaginamos la enorme extensión de ese territorio y los factores innúmeros que la naturaleza opone a la acción preventiva del hombre, en sus accidentes geográficos, en los altos montes que penetran hasta el corazón de sus ciudades, en su clima constantemente cálido, en la frecuencia abrumadora de sus lluvias, en la espesura de sus frondas, en las condiciones étnicas y culturales de su población, todo conviviendo en íntima comunión, naturaleza y civilización, la obra de los higienistas del Brasil, cumplida bajo la dirección suprema de Oswaldo Cruz, con el pensamiento, con el corazón, con el brazo y con el arma exclusivamente brasileños, se asemeja a una gesta digna de la epopeya y enciende en el recuerdo la trama completa de los trabajos de Hércules.

El punto de partida de estos trabajos se encuentra en el texto de la comunicación que Oswaldo Cruz elevara al gobierno federal, con fecha 22 de mayo de 1903.

No es posible pasar por alto la idea central de ese genio, llamado a inmortalizar su nombre en los fastos de la ciencia y de la

humanidad, porque ella permite comprender la forma clara y sencilla en que debían salvarse las dificultades opuestas a la magnífica solución.

He aquí extractada, en grandes rasgos, la exposición de dicha idea, que clausura el ciclo de la contienda emprendida alrededor del concepto dualista o unicista de la organización sanitaria.

“Entre las funciones privativas de la Dirección General de Salubridad figuran:

- “ a) el estudio de la naturaleza, etiología, tratamiento y profilaxis de las enfermedades transmisibles que aparezcan o se desarrollen en cualquier localidad de la República, a donde no haya recursos materiales o servicio organizado para las investigaciones de carácter técnico o científico que se hicieren necesarias;
- “ b) la prestación de socorros médicos y de higiene a las poblaciones de los Estados, a requisición de sus respectivos gobiernos, comprobado el caso de calamidad pública;
- “ c) el servicio sanitario de los puertos marítimos o fluviales.

“La ejecución, mediante orden del gobierno, de medidas de higiene defensiva, en épocas normales, contra la invasión de enfermedades exóticas o la diseminación de las indígenas en la capital de la República, correspondía al Instituto Sanitario Federal, que fué substituído por la Dirección General de Salubridad, en virtud del decreto de 10 de febrero de 1897. Accidentalmente, cupo a ese departamento de higiene dirigir por primera vez los servicios sanitarios terrestres en el distrito federal, cuando en 1900, hizo su erupción la peste bubónica.

“A pesar de disponer la municipalidad de una repartición de higiene bien constituída, el gobierno de la Unión juzgó que era acertado disponer la requisición del gobierno local, con objeto de oponer una acción eficaz a la propagación del mal reinante, por medio de un conjunto armónico de providencias centralizadas, por un concierto uniforme de medidas, dictadas y ejecutadas por la administración superior, con inflexibilidad, independencia y seguridad de éxito.

“Las autoridades municipales y federales constituyeron, con esta emergencia, un todo homogéneo y unido, y sólo se separaron después de la declinación de la epidemia. Quedaron entonces sus-



“pendidos los esfuerzos comunes. El éxito de medidas inteligentemente combinadas y dirigidas, no puede corresponder a la expectativa general, porque las dos reparticiones de higiene no tenían ya el derecho de obrar en común, adscriptas, cada una de ellas, a la esfera de sus atribuciones.

“El interés común de los habitantes de Río de Janeiro y de su gobierno principal tuvo que luchar en lo sucesivo, contra la conjuración urgente de las funestas condiciones de su insalubridad, a cuya estabilidad tanto concurriera la disociación de los servicios sanitarios en materia de profilaxis, la falta de conexión de medidas que en la práctica debieran ser sinérgicas, y el quebrantamiento, en fin, de la unidad de vistas y de la ejecución de providencias que, por su base científica segura, por la energía administrativa que las dicta, representan el secreto mayor de la transformación sanitaria de una ciudad.

“La colaboración oficial no podía ser retardada. Surgió, entonces el decreto N°. 4463, de 12 de julio de 1902, que tuvo como piedra fundamental la necesidad imperativa e impostergable de entregar a la Dirección General de Salubridad el servicio de higiene de defensa en el Distrito Federal.

“Esta resolución, posteriormente aprobada por el poder legislativo, tuvo desde sus pródromos, el apoyo incondicional del Intendente Municipal en ejercicio. La invasión y la diseminación de las enfermedades exóticas e indígenas, afectando altos intereses nacionales y extranjeros, preocupa cada vez más al gobierno supremo del país.

“Si ya le correspondía, en las épocas normales, la ayuda de los estados federales, y, en cualquier período del año, la dirección sanitaria de los puertos marítimos y fluviales, hízose mayor la órbita de su responsabilidad, con la facultad, que le fué transferida, de organizar y dirigir la policía sanitaria de defensa en la capital de la república.

“Enteramente ligada a la higiene de defensa, de la que es dependencia extrínseca, la policía sanitaria de defensa no puede conquistar beneficios, bajo el punto de vista de las enfermedades transmisibles, sin el saneamiento del medio local, sin la reforma de las insuficientes condiciones de salubridad de los domicilios, sin el concurso de adopción, finalmente, de las medidas co-

“ reectivas que sugiere, por medio de sus visitas sistemáticas, la  
“ inspección frecuente de las habitaciones, de los sitios de recreo y  
“ de los establecimientos públicos.

“ El génesis de muchas anomalías sociológicas, la marcha de  
“ muchos estados mórbidos tiene su explicación científica en el mal  
“ estado de los edificios habitados y desocupados, en el vicio orgá-  
“ nico de las construcciones, en la falta de relleno y nivelación de  
“ los terrenos y en una serie de transgresiones de los preceptos de  
“ la higiene doméstica, todo lo cual, favoreciendo sobre manera la  
“ evlución de los mosquitos, contribuye a mantener la fiebre ama-  
“ rilla entre nosotros.

“ Difícilmente se puede pretender beneficios de un sistema pro-  
“ filático que gira en un círculo de medidas restrictivas, con dos  
“ agentes de ejecución, uno federal y otro municipal, con duali-  
“ dad de competencias y de orientaciones, con fraccionamiento de  
“ atribuciones, de prerrogativas y de intervenciones.

“ En dos palabras: separación de servicios que deben ser ho-  
“ mogéneos y subdivisión de responsabilidades técnicas, que deben  
“ ser indivisibles. Una repartición local practicando la higiene agre-  
“ siva, en tanto que la otra, la federal, ejercita la higiene de de-  
“ fensa.

“ Realízase, de este modo, el desmembramiento forzado de un  
“ organismo administrativo cuyas piezas se completan, se subordi-  
“ nan y sólo pueden moverse por un juego de combinaciones recí-  
“ procas y nunca por solicitudes desiguales o antagónicas que  
“ tiendan a la neutralización de los esfuerzos empleados.

“ La fusión de las dos higienes: la agresiva y la defensiva, se-  
“ paradas hoy por fronteras abstractas, que sólo un espíritu sutil  
“ puede concebir, constituyen una aspiración administrativa im-  
“ postergable.

“ Por ella se procura destruir, sin dilaciones, la complejidad  
“ en un servicio público, que, trascendental por su naturaleza, de-  
“ be primar por su simplicidad.

“ También del punto de vista de la profilaxis, esto es, con el  
“ objeto de prevenir y combatir las enfermedades que lleguen a in-  
“ vadir o existan en la capital de la república, no conviene al go-  
“ bierno dejar de asociar la higiene de los puertos a la de tierra,  
“ integrando en ésta los recursos de agresión y de defensa, a los

“cuales se refieren el aislamiento y la desinfección en los casos oportunos, y la policía severa de las habitaciones, paseos y establecimientos públicos, desde el primero hasta el último día de cada año, como base primordial del ataque a los focos domiciliares de enfermedades transmisibles.

“Con la organización en vigor, que dividió la higiene terrestre en agresiva y defensiva, tendremos que lamentar, de una parte, la ineficacia de recursos preciosos para la solución del problema sanitario, y de otra, el aniquilamiento de las operosas tentativas realizadas por las autoridades federales, deshechas de un soplo, por la carencia de investidura ejecutiva contra los transgresores de la salud pública.

“Por lo tanto, convendría que a los actuales servicios a cargo de la Unión, se agregasen los referentes a:

“policía sanitaria de los domicilios, lugares y establecimientos públicos, pudiendo las autoridades sanitarias federales, hacer poner en ejecución las leyes municipales existentes sobre este asunto”.

Indicaba a continuación la nota, las medidas aconsejadas para combatir eficazmente la fiebre amarilla, fundándose el criterio del distinguido higienista, en los resultados obtenidos por la escuela americana, — de acuerdo con la llamada teoría habanesa, que había estudiado personalmente en la isla de Cuba —, la conveniencia de establecer una severa ley de vacunación y revacunación obligatorias, modelada sobre la célebre alemana de 8 de abril de 1874 y la necesidad de organizar convenientemente el servicio sanitario de puertos.

Terminaba la interesante exposición requiriendo del gobierno la adopción urgente de tres medidas que debían garantizar el triunfo de la campaña sanitaria esbozada: la provisión de fondos en cantidad suficiente, la sanción de un código sanitario para toda la nación y la instalación y dotación amplia de laboratorios complementarios.

Y la adopción de esas medidas propuestas, por Osvaldo Cruz, fué de inmediato requerida por el Presidente de la República al Congreso, en mensaje de 15 de junio de 1903, y el poder legislativo, después de una discusión amplia y apasionada, sancionó la ley

1151, de fecha 5 de enero de 1904, que dió cuerpo a la concepción genial del eminente higienista.

Una gran nación depositaba, de este modo, la más absoluta fé en la mente y el brazo de un joven de treinta años y una revolución pacífica operábase así mismo en la organización sanitaria de aquel estado, que, a partir de esa fecha, contaba con todos los recursos necesarios para acometer la gran obra ideada: dinero suficiente (votóse para ello la suma de 5.500 contos), un código sanitario que representaba la legislación más perfecta sobre la materia existente en esta parte de América, y laboratorios, que fueron la base definitiva de ese grandioso Instituto de Manguinhos, que lleva, por ley de gratitud nacional, el nombre de su ilustre fundador y que constituye uno de los monumentos más gloriosos de la cultura del Brasil.

---

Del éxito de aquella memorable gesta, hablan las cifras.

Río Janeiro poseía, en 1903, una población de casi 750.000 habitantes, de los cuales, se consideraba que podía contar con las dos terceras partes de inmunizados; en un inmenso perímetro, tendido sobre la cuenca sur de la bahía de Guanabara, hallábanse desparramados 82.396 terrenos que alojaban 83.686 casas, todas ellas distribuidas entre cerros y llanuras, provistas o rodeadas de una vegetación exuberante y de innumerables depósitos de agua, encerrados en charcas, copas de árboles, techos, jardines, para no mencionar las consabidas cajas de los servicios cloacales de aguas servidas (inodoros), todos y cada uno de los cuales constituían otros tantos criaderos del mosquito trasmisor de la fiebre.

La resistencia de la población a acatar las disposiciones de la denuncia obligatoria, de la remoción y aislamiento de los enfermos, de la desinfección domiciliarias, en la amplia medida fumigatoria que la gravedad y extensión del mal exigían, la falta de disciplina de la clase médica para colaborar sin deserciones en la tarea abrumadora, constituían otros tantos hechos que sirven para avalerar las proyecciones de la obra.

Oswaldo Cruz fué el creador, el organizador y el realizador de esa obra; con la instalación del Instituto de Manguinhos, fué además el fundador de la patología experimental en el Brasil, y fué

el educador de una población, reacia hasta entonces, a la influencia benefactora de la higiene pública, en lo que de lesivo pudiera ésta representar para el interés individual.

De este modo, pude conocer en 1916, un Río Janeiro, cuya salubridad se ofrecía al viajero como un abrazo acariciador que completaba la sonrisa radiante de su belleza tropical.

Y fué también así, como el mundo pudo informarse de las proyecciones de esa labor cumplida, casi lindando en la tragedia, contra la fiera oposición del hombre y contra el ceño adusto de la naturaleza. La lucha contra el flagelo, por todo, duró menos de cinco años, poco más de lo que prometiera cumplir Osvaldo Cruz al asumir la dictadura sanitaria del país, pero la mortalidad por fiebre amarilla en Río, que alcanzaba en 1903 una cifra vecina a 300 defunciones, descendía entre 1908 y 1909 a la abscisa del cero!

---

La obra continuó en pié, resistiendo los embates del mal y de la crítica, hasta que, desaparecido ya el maestro, en 1918, la pandemia gripal importada de Oriente, extendiéndose por la ciudad de Río y por todo el territorio del Brasil, con “la velocidad de un tren expreso”; “llenó de aprensiones a la opinión pública, según la frase ática empleada años más tarde por uno de sus jóvenes higienistas, y desazonó la conciencia sanitaria del país”. (Abelardo Marinho).

La figura gentil de Carlos Seidl, el director general de salubridad pública en esos momentos, fué barrida por las consecuencias inmediatas del flagejo y el gobierno debió volver sus ojos a uno de los valores más conspícuos de la ciencia experimental del Brasil, discípulo de Osvaldo y, como tal, creador en el campo siempre inexplorado de la medicina. Me refiero a Carlos Chagas, cuya reciente desaparición, temprana todavía, lloran de consuno su patria y la humanidad.

Chagas es el bruñido espejo que refleja los rayos de ese foco luminoso, núcleo constelar en el firmamento de la ciencia brasileña; soldado de la legión sagrada que sigue las trazas del maestro, como Alcides Godoy, el realizador del suero curativo del carbunco sintomático, como Gaspar Vianna, el descubridor del tratamiento específico de la leishmaniosis, como Fontes, que entrevé el

mecanismo etiológico de la tuberculosis, en un virus filtrable, él también representa la consagración de Osvaldo Cruz, el testimonio fehaciente de su obra a través de sus discípulos.

Miguel Couto, en una de sus admirables lecciones magistrales, esboza de este modo la gesta descubridora de Chagas: “¡Cuántas “ décadas se repitió y se revisó la observación clínica sobre los pa- “ pudos, los cardíacos y los idiotas de nuestro desierto, sin que se “ llegara a conocer su mal! Un día, Carlos Chagas, que, cuando es- “ tudiante, armara su tienda en el hospital, donde llegara a sufrir “ hambre para no perder algún episodio de sus enfermos, y que, “ más tarde, aprendió con Osvaldo Cruz en el laboratorio a ver la “ enfermedad provocada y a provocarla, hallóse frente a frente “ con la esfinge secular. Verla y penetrarla, fué todo uno: de ese “ encuentro, surgió uno de los descubrimientos más brillantes y más “ completos que registran las crónicas médicas de todos los tiem- “ pos”.

Y Ruy Barbosa, que con la polieromía de su verbo, irisaba lo mismo la literatura y la política, que la filosofía y la ciencia, sintetiza de esta suerte la obra de Chagas: “En el tubo digestivo de “ este insecto (la “vinchuca” o *triatoma megistus*), parásito he- “ metóforo vulgar de las márgenes del Ferrocarril Central, a don- “ de iba a combatir la malaria, encuentra Chagas, bajo sus formas “ evolutivas, el *tripanosoma Cruzi*, descubierto en la sangre del “ hombre o de los animales picados por el dañino chupador; y a “ la luz de las investigaciones que dirige, con la pericia magistral “ del verdadero discípulo de Osvaldo, desdóblase totalmente la nue- “ va entidad mórbida en su ciclo completo, desde las vísceras del “ pernicioso hemíptero hasta nuestro organismo, del que se apo- “ dera y al que reduce a la miseria con sus terribles localizaciones “ en los tejidos, en la fibra muscular, en el endotelio de los vasos, “ en los riñones, en el corazón, en la glándula tiroidea, y en los “ trastornos nerviosos, las perturbaciones vasomotoras, las paráli- “ sis, el bocio, el idiotismo, el cretinismo, síntomas todos que se- “ ñalan su paso a través de los individuos inutilizados y en las po- “ blaciones degeneradas por su contaminación devastadora”.

¡Cómo fluye de los giros de esta prosa profana la síntesis clara y conmovedora de la enfermedad de Chagas, el discípulo y el continuador de la obra de Osvaldo Cruz!

Y a este hombre, cuya fama desborda las fronteras dilatadas de su patria, vuelve sus ojos el gobierno del Brasil en octubre de 1918, como lo hiciera con su esclarecido precursor el gobierno federal de 1903 y con Clementino Fraga el de 1928.

La obra de Chagas, heredero de la gloria y de los trabajos del maestro, en el Instituto de Manguíños, se ha concretado en los decretos de 2 de enero de 1920, que reorganizaba los servicios sanitarios del Brasil, conformándolos a las exigencias siempre crecientes de la higiene pública, y de 15 de septiembre del mismo año, que aprobaba la reglamentación del nuevo Departamento Nacional de Higiene: ellos dotaban a la república de uno de los digestos sanitarios más perfectos que pueda mostrar la legislación de nación alguna y de una organización sanitaria que bien podemos considerar como ejemplar.

La naturaleza, siempre en acecho para herir la obra del hombre más allá de sus previsiones y de sus cálculos, no tardó en repetir su agresión y, 20 años después que Osvaldo Cruz proclamara, *urbi et orbe*, la desaparición de la fiebre amarilla en Río, un nuevo brote epidémico sorprendía, en los últimos días de mayo de 1928, la fisnomía sonriente de la población y la confiada expectativa de los hombres encargados de velar por su seguridad.

Pero, al frente del Departamento de Higiene Pública, se elevaba esta vez la figura providencialmente grande de Clementino Fraga.

El viejo colaborador de Osvaldo Cruz — si bien todavía lindando los extremos de su primera mocedad, — el médico, el higienista, que acometiera en Bahía la campaña contra la fiebre amarilla; el publicista, el orador, el humanista, que lo mismo cautiva por la profundidad de lo que piensa que por la galanura de lo que dice, cuya formación profesional se inicia, según la “transparencia de su sinceridad”, en una humilde aldea pacata, que, desde Bahía pasara a adueñarse de uno de los cetros de la medicina fluminense, conquistando en buena lid una de las cátedras de clínica médica, se irguió imponente en la majestad de su gesto, para reivindicar el crédito sanitario del Brasil que, por la irrupción del flagelo, parecía empañar la gloria de Osvaldo Cruz y de Chagas.

No cumple a mi palabra, y menos en la rigurosa limitación de este momento, describir los episodios de la lucha: la misión de bosquejar, con rasgos incompletos y defectuosos, la figura de tales hombres y de tales hechos, limita mi expresión, magüer la salve de incurrir en la tentación de empequeñecer una epopeya con la fatiga de una narración.

Pero, el discípulo de Osvaldo Cruz, frente al problema de una ciudad de 1.750.000 habitantes, con casi las dos terceras partes de receptivos (no inmunizados), y 198.000 predios que someter al contralor de la higiene domiciliaria, cumple el ciclo de su acción, movilizandó todas las reservas intelectuales y materiales del país, aplicadas a la higiene, (sólo 10.500 hombres son utilizados en la organización de las brigadas mata-mosquitos) y, en el plazo comprendido desde mayo hasta diciembre de 1928, en que se registran 125 casos de fiebre amarilla con 73 defunciones, hasta el mes de julio de 1929 en que se ha atravesado por el *fastigium* de la epidemia con más de 600 casos y una mortalidad del 50 %, completa la derrota inexorable del flagelo que de nuevo alcanza la abscisa del 0 en el mes de agosto del mismo año, para rendir, en el breve plazo de catorce meses, sus traidoras armas a la fuerza avasalladora de la ciencia, puesta al servicio de la fuerza incontrastable de la voluntad.

Porque los triunfos de Osvaldo Cruz y de Clementino Fraga en las campañas profilácticas del Brasil, no constituyen sólo un fruto del talento y de la organización; son la consecuencia, por sobre todo, de una voluntad de hierro, extraña a su clima y a su raza, por feliz coincidencia providencial, también la nuestra.

Así, la historia sanitaria del Brasil, en este siglo de progresos rápidos e incesantes, parece representada por una elipse, cuyos focos, que las aproximan radiantemente al éxito y a la gloria, están ocupados por los nombres de Osvaldo Cruz y de Clementino Fraga.

---

Pero no por ser de los primeros, son estos pocos nombres los únicos que rutilan en el dilatado firmamento de la ciencia médica brasileña.

La ínclita tarea de expurgar el país de enfermedades trasmi-



sibles, que dañaban al crédito internacional del Brasil, no habría podido ser cumplida, si el espíritu sabio y previsor de sus grandes higienistas no hubiera comprendido la necesidad de auxiliarla y completarla con la creación de grandes institutos, destinados al estudio de las enfermedades que poblaban su oscura patología tropical.

Así el Instituto de Manguinhos en Río Janeiro, al que he debido referirme tantas veces en el curso de esta memoria, y el de Butantam en San Paulo, dirigidos, en sus pasos iniciales, por la genial intuición de Osvaldo Cruz, el uno, y de Vital Brasil, el otro, constituyeron en un principio, laboratorios de experimentación, en breve tiempo, destinados a concluir en viveros de sabios que, como Carlos Chagas, Adolfo Lutz, Gaspar Vianna, Alcides Godoy, Arturo Nieva, Fontes, Vanconcellos, Aragón, Gómez, y tantos otros, representan esos astros de primera magnitud que Ruy Barbosa acostumbraba llamar "una vía láctea de celebridades".

Así se realiza, en la aplicación integral del concepto, la idea de Osvaldo Cruz cuando en sus devaneos de libertador, a la manera del *delenda* del vencedor de Zama, grabara en el *ex libris* del grandioso instituto: *Causae estimatio morbum saepe solvit...*

Cumple aquí recordar que, si en la lucha, esos hombres comprometieron totalmente los gajes de su ciencia, de su voluntad y de su patriotismo, no fué jamás extraña a esos empeños, la gama sentimental de ese humanitarismo que, exultando del seno de su positivismo comtista, aflora invariablemente al labio de sus más eminentes médicos y pensadoras, cuando afirman con Azevedo Sodré que, "lejos de endurecernos el alma en el contacto de la desgracia, lejos de amortiguarnos el corazón en el trato con la miseria, cada vez nos tornamos más sensibles al sufrimiento ajeno".

## II

Después de la lucha por la salud, la lucha por la enseñanza constituye el jalón más resplandeciente planteado sobre el agro de la cultura pública brasileña.

La medicina de aquel país, a partir de 1880, y como consecuencia de la reforma de Savoia, encuentra en Torres Homem y en Francisco de Castro, dos figuras, de tal relieve, que parecen cons-

tituir las piedras miliare de ese templo, a donde las generaciones médicas del Brasil debían llevar invariablemente sus ofrendas primiciales a Higía, pero enlazadas al tributo rendido sin reatos a Calliope y a Polimnia. Porque fuerza es reconocer, señores, que en el alma brasileña existe un pródigo hogar para la ciencia, para la observación y la pesquisa, para desarticular los fenómenos por el análisis y reconstruirlos elegantemente por la síntesis, pero, tra-sunto eterno de la belleza exuberante de su suelo, en ella hierve, con ansias incontinentas de escapar, el raudal armonioso de la poesía y se encarna en el verbo irídeo de su académica facundia.

Así, Nuno de Andrade, Torres Homem y Francisco de Castro, de quién, sobre todo, pudo decir Conto, con el brillo característico de su elocuencia que, al entrar en la vida pública, traía dos credenciales: su tesis del doctorado, "De la correlación de las funciones" y un libro, de poesías, "Armonías errantes!". Si a los primeros debe el Brasil la verdadera iniciación científica de su enseñanza médica, contrajo con el último la deuda imperecedera de ser el fundador de su organización didáctica, cuando creaba, allá en la última década del siglo pasado, la primera cátedra de prope-déutica clínica.

No cabe en este empeño de gratitud que, como un complemento rígido, se suma, por iniciativa de nuestro Rector, a la jubilosa fraternidad de nuestros pueblos, la biografía de la medicina brasileña.

Cuando hace ya veinte años, fuí, muy joven aún, a contemplar la majestad greco-latina de su enseñanza médica, practicada por esos cerebros privilegiados que se llamaban Azevedo Sodré, Miguel Pereira, Miguel Couto, Aloisio de Castro, Austregésilo, Oscar de Souza, Julián Pereira, Magallanes, Osvaldo Oliveira, Rocha Vaz, Garfied de Almeida y otros muchos, confieso que, para reflejar fielmente la impresión del momento, hubiera necesitado todo el espíritu de observación del sabio, la galana dicción del literato y el sentido crítico del historiador, volcado en reiterados volúmenes de admirativa apología.

Hoy, no bastaría una biblioteca para este fin, cuando, al progreso vegetativo de un país, se une la rapidez del perfeccionamiento técnico y la creciente difusión osmótica de su cultura.

¡Cómo pretender abarcar, en los límites de un discurso, la totalidad de esa ciencia que se practica, desde la vieja facultad escolástica de Bahía, a través de la nueva escuela experimental de San Pablo, hasta la incandescente fragua intelectual de Río, adonde crepitan las mil y mil chispas del intelecto médico, volcado en cátedras, clínicas, laboratorios, bibliotecas y academias! ¡Cómo encajar en los párrafos escuetos de una oración, siquiera la descripción de esa “vía láctea de celebridades” de que hablara Ruy Barbosa, si, a la luz de los modernos conocimientos, han surgido, en los últimos veinte años, nuevas nebulosas, que, a la lente amplificadora del análisis, aparecen formadas por quién sabe cuantos astros de primera magnitud!

Dos hechos, sin embargo, cabe hacer resaltar en la confusión de estas palabras que surgen de mi conciencia, perturbadas por la arritmia de la emoción o interrumpidas por los claros inevitables de la amnesia.

Constituye el primero, la diligencia puesta por la clase médica del Brasil para volcar en el corazón de sus discípulos, con el noble ejemplo de sus virtudes y el raudal de su elocuencia, toda la inducción magistral de sus conocimientos. No en vano, Aloisio de Castro, profesor de clínica médica de Río y ex-decano de su facultad de medicina, pudo decir, en una de sus brillantes alocuciones dirigidas a los graduados, que en “la enseñanza a “la juventud se encuentra aquello que, después de la oración que se dirige a Dios, representa la suprema santificación del lenguaje humano”, y Ruy Barbosa, el príncipe de la elocuencia brasileña, en uno de sus arrebatadores discursos dirigidos a la juventud, proclamaba así mismo que “el labrador de ese suelo debía cultivarlo de rodillas”.

El segundo hecho está representado por el carácter humanista de la cultura universitaria del Brasil.

Cuando se estudia la personalidad magistral de Miguel Couto, brillante figura de enlace entre la generación de los primeros maestros, Nuno de Andrade, Torres Homem, Francisco de Castro, y las nuevas generaciones que el presente nos ofrece, como el producto de la multiplicación de esos valores, la imaginación remonta raudamente a la evocación de esas cumbres de la ciencia

médica francesa que jalonan las distintas etapas del siglo XIX: Claudio Bernard, Charcot, Trousseau, Peter, Dieulafoy, que lo mismo, podían desempeñar su cometido en la cátedra o en el laboratorio, como ocupar en la Academia el más alto sitio de sus inmortales.

Pero Couto tiene sobre ellos la ventaja de su época. El maestro del buen decir, de la vasta intuición y del estudio intensivo, que empezara sus cursos de propedéutica con el escaso acopio de instrumentos, para "los que bastaba la capacidad de una bandeja", alcanza los albores del segundo tercio de este siglo, cuando la técnica ha inundado el campo de la observación y de la experiencia con innumerables recursos que se multiplican y se perfeccionan día a día.

La ciencia brasileña, al par del acervo propio de los tiempos, para la orientación de la enseñanza, en el sentido del contraste y la experimentación, posee un acopio de cultura neolatina que ha podido hacer de cada profesor un maestro, y, a las veces, de cada maestro un genio.

Miguel Couto era uno de ellos. Vacía debe estar todavía, a pesar de Aloisio de Castro, a pesar de Osvaldo Oliveira, y a pesar de Clementino Fraga, la cátedra que llenara por espacio de un cuarto de siglo con el prestigio de su nombre.

Clementino Fraga, su discípulo de las primeras horas, su colega de los últimos tiempos, que no puede ser discutido en la estimación de los méritos de los valores médicos de su patria, encabeza de este modo la dedicatoria de sus "Nociones recientes de Clínica Médica": "Al profesor Miguel Couto, médico y educador, maestro de todos nosotros, profesionales brasileños, que practicamos la medicina y amamos las letras médicas..."

Y después, o al par que Couto, Austregesilo, el profesor ilustre al cual debe su patria una buena parte de su acervo literario y científico; ilustre, como Torres - Homem, en la enseñanza magistral de la neurología, pero más grande que él en el dominio de la ciencia y en la expresión literaria del hecho mórbido. La bibliografía mundial está sembrada de sus obras y su genio es tan grande, que, miembro dirigente de la Academia de Letras, sentóse, por derecho propio, a la muerte de Couto, en el sitio supremo de la Academia de Medicina.

Y Aloisio de Castro, el hijo del gran Francisco, señorial en la enjundia de su intelecto, pero eterno soñador de la poesía, cual si llevara en el alma las "Armonías errantes" de su glorioso padre. En los intervalos de la práctica médica, que enseña como un maestro, discurre por los jardines de Academo o arranca del instrumento musical, las pelopeas de un pasado romántico y reflorecente.

Y Clementino Fraga, en quien, ni siquiera por los afectos de la amistad, llega la exageración a deformar el polimorfismo de su genio: médico, profesor, fisiólogo, higienista, pensador, erudito, filósofo, orador, grandilocuente en su aticismo puro.

Señores: si hubiera de seguir, talvez llegara a faltarme la simple concepción de la realidad y, entre las loas y olvidos, pudiera realizar tal confusión, que me alejaran formalmente de mi cometido y hasta de la indulgencia vuestra.

La bibliografía médica brasileña señala piezas de relevantes méritos, desde el primer tratado de clínica propedéutica de Francisco de Castro, que la muerte dejó inconcluso, hasta las últimas publicaciones sobre clínica y tuberculosis de Clementino Fraga, pasando a través de las lecciones magistrales de Couto, de la desbordante producción neurológica de Austregesilo, de las contribuciones clínicas de Osvaldo Oliveira y de la obra ininterrumpida que edita Afranio Peixoto.

Fresca está todavía en nuestra memoria, la profusa bibliografía que inspirara a los médicos del Brasil el último asalto epidémico de la fiebre amarilla. La clínica, practicada en el hospital anejo al Instituto Osvaldo Cruz y la experimentación, cumplida en los vastos laboratorios de esa magnífica institución, bajo la dirección sabia y metódica de Carlos Chagas (entonces vivo) y de Aragón, pareció agotar, fuertemente exprimida por la ansiedad científica, la esencia, todavía incierta y misteriosa, de la entidad mórbida.

Que no se llegara a conclusiones definitivas sobre el árduo problema, fuera culpa exclusiva del propio genio y de la voluntad de los mismos hombres de ciencia del Brasil, que desterraron el flagelo en el corto plazo de catorce meses.

---

Observaréis, que, recordando las gloriosas figuras del pasado reciente de la medicina brasileña, descuidé de hablar de la innumerable falange de los jóvenes que, esparcidos hoy en universidades, en hospitales y en institutos de factura moderna, pugnan por reeditar las hazañas de aquellos ilustres progenitores.

Pero aquéllos representan todo lo que de grande y de noble debe el Brasil a la ciencia de sus hijos, en la solución de sus más grandes problemas internos: el bienestar, la salud y la vida de su pueblo. Ellos fueron la idea luminosa que surgiera en el patrio horizonte, entenebrecido por las sombras del dolor, fueron la férrea voluntad puesta al servicio de esa idea y fueron el brazo infatigable que llevó a término la liberación sanitaria de su suelo. No lo hubieran concebido ni realizado mejor los grandes capitanes de un ejército a los que la patria hubiera confiado el libertarla de la dominación extraña.

Con muchos de esos hombres, algunos de los cuales, como Osvaldo Cruz, como Couto y como Chagas, han cruzado ya el dintel de la eternidad, uníéronme vínculos de profunda admiración y de cálido y respetuoso afecto. Por eso, al asociarme al férvido homenaje tributado al Brasil por esta tricentenaria universidad, he tratado de retocar su figuras con el pincel que enciende el colorido vivo de la emoción y no con el buril que graba y cincela el relieve claro de la idea.

Y por eso, también, cuando los ojos del recuerdo se vuelven hacia esa vasta saliente auriverde del continente americano y desfilan, ante el espíritu asombrado, las inmensas palmeras de Bahía, y los montes diamantíferos de Minas y las llanuras paulistas, adonde el cafetal interminable pone la mancha verdegueante de sus hojas, la mirada es atraída invariablemente hacia la cuenca radiante de Guanabara, a cuya vera los montes teresinos y de Tijuca recortan su perfil oscuro, como el feérico abanico de un hada que ocultara una caja de sorpresas, una de cuyas gemas polifásicas es el Syllogeum, que atesora en su seno la inmensa luminaria de los valores espirituales del Brasil, y otra de cuyas joyas esplendentes, es el instituto de Manguíños, monumento perdurable levantado por el genio médico de esa nación para seminario de los levitas de la ciencia. Entonces, señores, ante la visión, luminosa de

esa tierra, que, como en los cuarteles de su escudo, refleja el azul obscuro de sus lejanías y el azul turquí de su cielo, nimbado por todas las constelaciones del firmamento, afluye a los labios, como un suspiro del alma argentina, esa palabra lusitana que lo expresa todo en las más hondas emociones de la vida: tristeza suave por el bien perdido, evocación serena y melancólica, nostalgia acariciadora, lenitivo en la añoranza, esperanza renovadora, amor profundo, amistad sin término. *¡Saudade!*

---